

tencia que esperaban, vense abandonados, vendidos y precipitados en un abismo cuyo término desaparece á sus miradas.

Al día siguiente, los dos hermanos aguardan al zerpane-emini, y le hacen presente que no es dable pagar en el acto una cantidad tan crecida, y piden que se les conceda algún plazo. Pero el intendente, sin fijar el término, contexta que se les darán algunos días para reclamar contra la sentencia del Sultan. Su astucia aleva huir de fijar el día de las cuentas, para cogerlos desprevenidos, dado caso que se hallasen en estado de saldar sus cuentas.

Entrambos hermanos interpretan favorablemente la respuesta evasiva del zerpane-emini, y confían que, dirigiéndose á la generosidad y cariño de los demás Armenios, podrán salir con honor del trance en que se ven. Con esta mira reclaman el auxilio de los banqueros de Constantinopla, envían correos á Angora (1), y ruegan á cuantos puedan acudir inmediatamente, que se hallen en el lugar de reunion, para deliberar sobre su situación y ayudarles en este apuro. La mitad de sus amigos presentes entonces en Constantinopla acude el día siguiente á la cita; pero el espanto y la preocupacion que los agitan imposibilitan por de pronto toda decision. Sin embargo los Duzzoglou hubieran logrado reunir el capital necesario, sin la baja cobardía del mas rico de sus parientes, Aznavour Duzzoglou, que les debia todo su caudal. En vez de sacrificarse por los que eran el principio y la causa de su prosperidad, teme comprometerse á los ojos del poder, y sin decir una palabra, se escapa de la asamblea para correr á casa del zerpane-emini, á quien refiere el asunto con todos sus pormenores. "Me están reclamando, dice, tal cantidad para pagar al sultan: ¿os parece que deba adelantarla?" El intendente, que ve en su negativa un medio mas seguro para

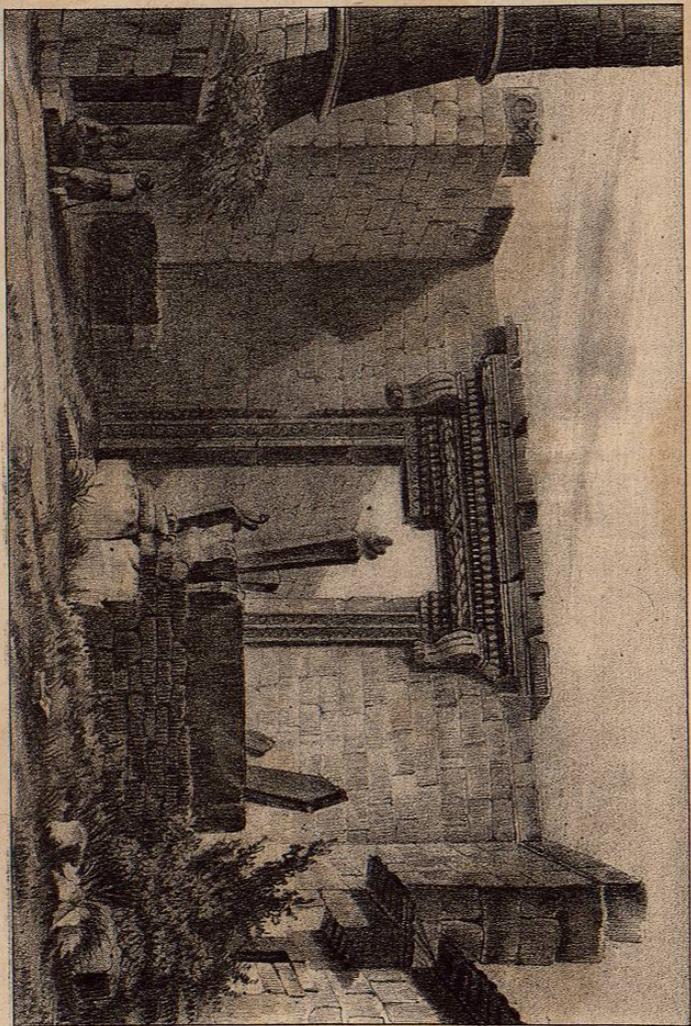
perder á sus enemigos, le responde que no solamente no está obligado á meterse en los negocios de sus parientes, pero que le prohíbe, so pena de la vida, intervenir en lo mas mínimo en los mismos. Al oír estas palabras, embarga el pavor á Aznavour, quien ya no piensa mas que en encerrarse en su casa para salvar sus tesoros (1).

Sepárase la asamblea despues de haber acordado que se solicite un plazo de ocho días. Dirigense desahortadamente al zerpane-emini para rogarle que pida esta gracia al sultan; pues ya hubieran debido sospechar, en vista de su intimidad con Haled, única causa de todos sus males, que no estaría dispuesto á patrocinarles. Antes al contrario, harto era de temer que aceleraría con ahinco su ruina, como se verificó en efecto.

La ingratitud de Haled para con los Duzzoglou era tanto mas fea é inexplicable, cuanto que habia recibido de su parte finezas señaladas. El mismo Haled que les acusaba de dilapidacion, habia contribuido, con sus pedidos reiterados de dinero y no anotados en cuenta, porque se consideraban como anticipos de un amigo á otro amigo, á hacer su posicion mas crítica y embarazosa. Con efecto, les estaba debiendo sumas crecidas, y confiaba el malvado extinguir la deuda con la sangre de sus acreedores. Cuando Miguel se presentó en su casa por segunda vez para pedirle que restituyese lo que debia á sus hermanos, respondióle Haled con calma aparente, que estaba pronto á saldar cuentas, y que iba á enviar la deuda á la casa de moneda. Contentóse Miguel con esta respuesta, y fué á comunicarla á sus hermanos.

Entretanto Haled, estimulado por el temor de reembolsar las cantidades tomadas á préstamo, si no precipita la muerte de los Duzzoglou, va

[1] En el trance en que se requería valor para manifestar algún interés á la familia Duzzoglou, algunos sujetos entre los Francos le daban pruebas positivas de su amistad. Nos congratulamos en poder citar aquí el nombre de M. Jouannin, dependiente de la embajada francesa, y en el día primer secretario intérprete del rey. Fué el referido para los desdichados Duzzoglou un amigo tan fiel como lo habia sido en el tiempo de su prosperidad.



Mon. de Angora, s. Francos, n.º 15.

Monumento de Augusto en Angora

ARMENIA.

[1] Angora es la antigua ciudad de Ancira. Los muchos Armenios que en ella habitan, entre los cuales se cuentan los banqueros mas ricos é influyentes de la nacion, la colocan, por decirlo así, en la categoria de las ciudades armenias.

corriendo á ver á Mahmud: hállale en el salón del consejo, y fingiendo ser portador de noticias importantes, le ruega que tenga á bien despedir la junta. Cuando se ve con él á solas, alza la voz, y aparentando que el zelo que manifiesta contra los Duzzoglou es efecto de su adhesión á la persona de su magestad, y no un impulso de su interés privado, puesto que se ha visto en la precisión de quebrantar los vínculos de la amistad que les profesaba, acaba diciendo que ya es hora de decidirse, porque todos los Armenios se entienden entre sí, y que los reos burlarán la vindicta pública, presentándole el dinero de sus parientes y amigos; que han de sufrir el castigo de su lujo desenfrenado los que levantan palacios mas suntuosos que el mismo sultan; que el contemporizar indicaría flaqueza, é indisponería á todos los fieles Musulmanes, que están aguardando una providencia digna del valor y justicia del sultan.

Mahmud, excitado por las palabras de su ministro, se enfurece de remate, y le contexta que está resuelto á desahogar su ira en los reos; pero que no alcanza los medios mas adecuados para castigarlos á todos. Tenia ya Haled un plan de proscripción y lo expone al sultan. Consistia su proyecto atroz en degollar á toda la familia de los Duzzoglou, incluyendo en la matanza á los parientes y amigos comprometidos en este último negocio, se les habia de prender á deshora de la noche, conduciendo á los hombres á la casa de moneda, para juntarlos con los tres hermanos presos, y á las mugeres al palacio del patriarca armenio. Mahmud aprueba el plan de Haled, y le da plena facultad para ponerlo en ejecución.

A eso de las once de la noche, el bostandji bachi, ó gefe de la policía, se dirige con una fuerte escolta á la residencia de la familia Duzzoglou, y penetra en la casa. Fácil es de concebir el espanto que se apoderó de todas aquellas mugeres y niños despertados sobresaltadamente en medio de la noche, y rodeados de gente

armada, en cuyos rostros se leian los siniestros intentos que llevaban, y que harto á las claras les manifestaron que pronto iban á realizarse sus tristes presentimientos. Sin embargo el bostandji-pachi los alienta, y para que nadie se escape, les dice que nada tienen que temer, que solo se trata de comunicarles una orden del sultan, y que espera que se reunirán todos, sin faltar uno, en el salón principal de la casa, para enterarse de ella. Obedécenle, y cuando todos se hallan reunidos en la sala, manda leer la orden de arresto. Al oír tan cruel disposicion, las mugeres que se ven arrancadas de los brazos de sus maridos, gritan y lloran amargamente, y sus hijos hacen otro tanto. Pero hay que ceder á la fuerza á pesar de su inocencia, y seguir á aquellos soldados, quienes los conducen al mar y los hacinan en una barca destinada para transporte de ladrillos y piedra sillar. Entretanto otros agentes escudriñaban los domicilios de las otras víctimas de la infame codicia de Haled. Las familias presas con este motivo fueron diez y ocho.

Todas las mugeres fueron llevadas al palacio del patriarca armenio: figúrese el lector aquellas señoras criadas en el lujo y la molición, reducidas, con sus hijas y niños, á echarse sobre infelices lechos de paja, barajadas con sus sirvientas, no teniendo mas alimento que pan negro, privadas de aire y luz, sofocadas por un hedor intolerable, y se hará escasamente cargo de los dolores y amarguras que les sajabán el alma. Añádanse á estos trastornos las penas morales causadas por la separacion de sus maridos, y la incertidumbre en que estaban respecto de la suerte de los mismos y la propia. Los satélites que las guardaban extremaron la barbarie hasta el punto de interceptarles toda comunicacion con los transeuntes, y vedar la entrada á cuanto podia suavizar la amargura de su prision. La paciencia cristiana con que sufrían estos males era el único consuelo que podia templarlos. Los padecimientos físicos infunden de ordinario á las al-

mas generosas una energía mayor, la cual dichosamente fortalece el organismo; así les sucedió á la mayor parte de estas mugeres tan delicadas, siempre lánguidas y enfermizas en sus ricos sofases y alfombras de Persia, y rodeadas de continuo de médicos y medicinas. En el trance en que no tuvieron mas que toscos alimentos y durísimo lecho, recobraron la salud y la fuerza necesaria para tolerar hidalgamente tantas desdichas.

Los hombres encerrados, como ya hemos indicado, en la casa de moneda, eran tratados con mucho mas rigor. Los tres hermanos y algunos de sus parientes mas inmediatos fueron separados de los demas, y encerrados en un cuarto bajo y oscuro, muy parecido á un calabozo. Los demas Armenios, en número de setenta á poca diferencia, estaban reunidos en un mismo aposento. ¡Qué dolor embarga su alma á la vista de las desdichas que de repente se desploman sobre ellos! De la opulencia y los logros de la vida interior de familia, pasan á la desnudez y á las demas privaciones de los presos en Turquía por delitos de estado. Apenas reciben el alimento necesario para satisfacer las primeras urgencias del hambre; y muchos de entre ellos, acostumbrados á beber en ricas copas de oro y en el cristal mas brillante de Europa, llevan ansiosamente á los labios un cántaro de barró que solo contiene agua turbia y amarillenta. Pero lo que hunde el mas agudo puñal en sus pechos es la presencia del banquero Aznavour, que no pudo comprar su salvacion con la bajeza y la alevosía. Haled, que codiciaba sus tesoros, le habia continuado en sus listas de proscripción, y el desdichado partia el cautiverio de aquellos á quienes quizás hubiera salvado, si hubiese ofrecido parte de sus capitales para acabar la cantidad reclamada por el sultan.

Pocos dias despues, sacan del Zerpaneñ á los hermanos Duzzoglou, y los conducen al serallo, donde los arrojan en un calabozo secreto mas hediondo aun que el primero. El cruel Haled se complace en ator-

mentar á sus víctimas con las privaciones que les impone, y con las zozobras incesantes que les infunde, ya divulgando falsas noticias, como la muerte de sus mugeres ó hijos, ya presentándoles su propia muerte como cierta é inminente. Lo que mas contribuyó á acibarar su dolor, fué el suplicio del desventurado Abd-Arrhaman, que Haled envió á la horca para confiscar sus bienes. Su cabeza, clavada á la punta de una pica, quedó expuesta á la puerta del serallo, y concedióse á los hermanos armenios el triste privilegio de contemplar los restos sangrientos de un amigo, cual ellos inocente, y cuya boca abierta les articulaba al parecer aciagos vaticinios. Dos sirvientes que tenian permiso para entrar en la prision, referian diariamente á sus amos las voces públicas que recogian al paso; y todas estas voces vagas y discordantes se asemejaban al confuso y lejano estruendo de la mar embravecida, indicio cierto de tormenta. No tardó ésta en estallar: Mahmud, impelido por Haled, que sin cesar le provocaba, temeroso de que acabase por descubrir la trama secreta de sus maldades, instituyó una comision de tres individuos, encargados de formar el inventario de todos los muebles y bienes raíces de los Duzzoglou y demas Armenios presos con ellos. Componiase esta junta del propio Haled, del zerpane-emiñi y del director de aduanas. Regístranse por orden suya todas las casas en que habian echado los sellos, y trasladanse al Zerpaneñ los muebles y joyas, alhajas, tesoros y efectos preciosos que allí encuentran. Lo que no podia trasportarse se dejó en los mismos sitios, y se vendió mas tarde en almoneda. Es inculcable la riqueza de todos los objetos de lujo que se hallaron en los palacios de aquellos ricos banqueros, donde varias generaciones habian ido depositando los productos mas esquisitos de la industria europea y asiática. Recelosos de que se les ocultase algun escondrijo precioso, los veedores turcos echaron mano de toda la astucia que les podia sugerir su maliciosa é in-

saciable codicia. Iban á ver á las noble señoras detenidas en el palacio del patriarca, y les decian que la venta de sus propiedades no bastaria á cubrir el desfalso del tesoro público; que sin duda alguna habian ellas ocultado á sus pesquisas otros valores en oro ú pedrería; que para su bien les aconsejaban que indicasen exactamente los sitios de aquellos depósitos, para salvar su propia vida y la de sus maridos. Estas preguntas fementidas arrancaron muchas confesiones por donde se descubrió la existencia de inestimables tesoros; porque el despotismo de los soberanos acostumbra á los súbditos, en Oriente, á enterrar en las entrañas de la tierra las riquezas que quieren sustraer á la codicia del tirano. Valiéronse con los hombres de los propios medios, y con igual éxito.

Haled, que iba buscando todos los medios mas al caso para tizar á los acusados ante el sultan, y multiplicar los cargos del proceso, hallaba diariamente nuevos motivos de acusacion y desafueros. Descubriase un dia una capilla en el interior de una casa, delito enorme, puesto que la ley veda toda reunion en las iglesias no autorizadas ó reconocidas. Así es que cundió mucho la voz de haberse encontrado en el jardin de un comerciante un edificio que, bajo el exterior de un almacén, ocultaba una rica capilla. Al dia siguiente se hablaba del hallazgo de cuadros obscenos y contrarios á la moral pública, puesto que el alcoran prohíbe expresamente toda representacion de figuras humanas. Por último, díjose que los papeles de algunos reos contenian una correspondencia reservada con las potencias extranjeras y enemigas. Todas estas acusaciones falsas y pueriles, sembradas entre el pueblo, le indisponian contra los acusados; y llegando á oídos de Mahmud, aumentaban su encono y sus deseos de venganza. Haled se aprovechaba de la preocupacion general para entregarse á su rapacidad con el descaro mas escandaloso. No apuntaba en el inventario sino lo que le traía cuenta, espe-

culando sobre el valor de cada objeto que él mismo fijaba, y desviando en beneficio suyo valores inmensos. Preguntado uno de los hermanos Duzzoglou por los emisarios de Haled, si tenia oculto algun tesoro para pagar la deuda, respondióle con enfado que el supuesto desfalso que le echaban en rostro hubiera sido saldado, si su amo Haled hubiese restituido las cantidades que le habia adelantado sin mas garantía que su palabra. Esta declaracion airó á Haled en términos que juró acelerar la ruina de estos *giaúres* ó infieles; y convirtiendo esta reconvenccion en otro cargo, fué á decir á Mahmud que tenian los presos la avilantez de tildar su integridad y el desinterés de su administracion; y en seguida desafió á cualquiera que presentara una sola prueba positiva contra él. Tan encumbrado personaje no puede ménos de tener razon, y mas en Constantinopla; y segun se deja entender, nadie alzó la voz.

Segun decia Haled, en cuyas manos paraban cantidades enormes sustraídas al primer inventario, no bastaban todos los bienes muebles y raices para restituir al sultan lo que habia depositado en poder de los Duzzoglou. Añadia que los *giaúres* tenian mil arbitrios para ocultar parte de sus fondos, y que habia que aterrorizarles para conseguir que los arrojasen. En consecuencia se extendió un firman por el cual se concedió el término de tres dias para que cuantos poseyesen ú ocultasen prendas ó valores propios de las familias de los acusados, acudiesen á declararlos y depositarlos en el palacio del patriarca armenio, amenazando á los desobedientes con la pena capital. Apénas se hubo promulgado este decreto, apoderóse el espanto de todos los Armenios de Pera. Así parientes como amigos llevaban escrupulosamente al palacio del patriarca todo cuanto podia pertenecer á los proscriptos. El sastré que tenia un cafetan ó vestidos que estaba haciendo para una de dichas familias, el relojero que estaba recomponiendo un reloj, todos, creyendo su vida amenazada, se apresuraban á llevar

estos efectos al sitio señalado. Fué tal el concurso en el palacio patriarcal, durante los tres dias designados, que no bastando tres escribientes exclusivamente dedicados á anotar el estado y naturaleza de las restituciones, vióse el patriarca en la precision de pedir una próroga, la que le fué concedida por el sultan.

Para sacar todo el dinero posible de este inmenso depósito de efectos moviliarios de toda especie, se acordó venderlos á pública almoneda. La almoneda segun los trámites turcos es una vista harto singular; pues ofrece un cuadro compendiado de todas las injusticias, desmanes y vejaciones que caben en un pais donde las leyes son el antojo del soberano, y los encargados de aplicarla no conocen mas pauta que su interés particular. Habia invitado Haled á los banqueros y ricos comerciantes cristianos que asistiesen á la venta, y que no vacilasen en comprar los efectos que se subastasen. Ninguno faltó á semejante invitacion, porque se trataba nada ménos que de la vida. No crea el lector que en estas almonedas estén libres los concurrentes de pujar ó dejar lo que no les gusta; nada de eso, tienen que ser testigos y autores mudos y sosegados de este drama inicuo. Basta un gesto, una ojeada para perderles. Ay de aquel que no acepta gustoso lo que le adjudica el tasador, despues del pregon, en que él mismo fija el precio, especulando sobre el valor de cada objeto, y sobre el pavor de aquel á quien lo adjudica; y todo esto es tan cierto como que, á no recibir el apreciador reservadamente un buen regalo para suavizar su aspereza y pagarle su trabajo, está en su mano arruinar al mas adinerado, dándole la preferencia en sus adjudicaciones. El tasador, en el caso de que estamos hablando, estaba rendido á Haled, y le habia jurado sacar de los cristianos hasta el último pará (1), para saciar su codicia. Desplegó pues una habilidad peregrina para alzar á un pre-

cio excesivo los efectos de ménos valor, salvo las condescendencias que tenia al paso con los grandes señores turcos, y por las que pagaban tambien los pobres rayas. Duró la almoneda mas allá de dos meses, y fué tan considerable el producto de la venta, que casi igualó la suma exigida por el sultan. Saldáronse con el mismo los créditos que reclamaban los súbditos de varias potencias europeas; y el gobierno turco se mostró tan condescendiente en esta parte, que muchos acreedores de mala fe cobraron mayor cantidad de la que se les estaba debiendo. Pero en cuanto á los rayas, desoyéronse todas sus reclamaciones; y, muy léjos de reconocer sus créditos, absorvióse en la confiscacion general todo el dinero que tenian en la caja de los banqueros presos. Por esta razon se ven aun hoy dia en Constantinopla una multitud de familias reducidas á la mayor pobreza y desamparo, de resultas de esta lamentable catástrofe.

Entretanto, yacian los desventurados presos en sus calabozos, y los hermanos Duzzoglou, siempre aislados en las prisiones perpetuas del serrallo, se abandonaban á los mas lóbregos presentimientos de la desesperacion. Excitados por el desvelo y el ayuno los pensamientos del preso, adquieren una fuerza desconocida, y los grillos y el estrecho recinto de la cárcel, en vez de atajar su libertad, la puján y cuadruplican su energía. Riense de los carceleros, y trasladan el alma á lo léjos por la inmensidad del espacio, donde la esperanza levanta mil edificios imaginarios que se desvanecen al menor soplo del terror. La larga duracion de su cautiverio realzaba á veces su valor y desviaba las pavorosas ideas del cadalso. Si estuviésemos condenados á muerte, decian entre sí, ya se hubiera pronunciado la sentencia; pues la tardanza en estos casos no se aviene con la severidad musulmana. ¡Ah! sí, exclamaba Serkis, que tenia la imaginacion mas viva que sus hermanos, y estaba padeciendo con mayor impaciencia las angustias de la prision; nos destier-

(1) Pequeña moneda turca de poco valor, y usada aqui en el sentido proverbial de ochavo ú maravedí.

rarán á algun pais montaraz y lejano; pero á lo ménos podremos todavía respirar libremente y contemplar la grata luz del dia. ¿Quizas consentirán que nos llevemos nuestras mugeres é hijos! En este caso, no tendria por sacrificio el abandonar á la codicia de los Turcos estas riquezas, que son el origen de todas nuestras desventuras. La desgracia fortalece- rá nuestras almas afeminadas por la prosperidad.—Calla, Serkis, reponia un jóven, primo suyo, que estaba echado sobre un monton de paja en un rincón del calabozo, y ensimesmado en triste meditacion; aventad esos locos pensamientos, no os podéis sustraer á la venganza de Haled, que solo os ha dejado vivir hasta ahora para multiplicar vuestros padecimientos y dilatarlos. Recordad los dos príncipes vahabitas que visteis el año pasado, por este mismo tiempo, arrastrados por un caballo flaco hasta la puerta del serrallo donde les cortaron la cabeza. ¡Igual suerte nos aguarda á todos!

Los más de los presos reconvenian á este jóven por sus aciagas predicciones, las que atribuian á su genio melancólico y á su estado enfermizo. Una noche, habiendo prolongado más de lo ordinario su coloquio, se entregaron á un plácido sueño. Estaban descansando de sus fatigas, y su alma se hallaba sin duda embelesada con las ilusiones de un sueño mas halagüeñas que las téticas realidades de la cárcel, cuando les despertaron sobresaltadamente el estruendo de los cerrojos y las voces de los carceleros. Era entónces el 24 de agosto. Las primeras vislumbres del crepúsculo disipaban apénas las tinieblas de una noche oscura y húmeda, y los ojos de los presos, espantados con esta visita no acostumbrada, reconocieron dificilmente al bostandji-bachi. Estaban aguardando silenciosamente su sentencia, cuando el bostandji-bachi les dice: “Albricias, amigos; se acabaron vuestros padecimientos; os traigo las órdenes del sultan, vosotros, Gregorio y Serkis, seréis confinados á una isla del Archipiélago, y vuestros dos hermanos, Miguel y Juan, irán al Asia Me-

nor. En cuanto á los demás presos, el sultan no ha determinado todavía la suerte que les ha de caber; esperen pues; pero siganme los cuatro hermanos Duzzoglou.”

Al oír estas palabras, los cuatro hermanos llenos de júbilo se arrojan á los brazos de sus compañeros, besan sus rostros y los bañan con su llanto; dícenles que el dolor que les causa el dejarles, quedará compensado por la gracia que merecen, puesto que ellos, únicos culpables, no han sido condenados mas que al destierro. Salen pues y se encaminan por la alameda del jardin. Apénas han andado algunos pasos, los detiene el bostandji-bachi, diciéndoles que es fuerza separarse, supuesto que Gregorio y Serkis no tienen el mismo destino que los otros dos hermanos. Al mismo tiempo manda á una partida de su escolta que conduzcan al Bósforo á Miguel y Juan. Aquí se repite la tierna escena del despido del calabozo, y los cuatro hermanos se abrazan sin acertar á proferir una palabra, porque el sentimiento les embargaba el habla. Los guardias los separan, y Gregorio y Serkis se dirigen á la puerta del serrallo. Andaba Serkis con precipitacion, saltando y despidiendo gritos de alborozo sin hacer alto en la lluvia que caía en abundancia y calaba sus vestidos. Trasponen rápidamente la puerta principal; y al hallarse en frente de la casa moneda, donde estaban encerrados los otros presos, alza Serkis su voz robusta, y grita estas palabras: “Animo, hermanos, que ya estamos libres, y vosotros tambien lo estaréis en breve.” Los presos, que reconocen la voz de Serkis, se abalanzan á las ventanas para verle; pero los centinelas los rechazan y contienen dentro de la prision. Pónense á escuchar atentamente para coger las otras palabras de los Duzzoglou; pero de repente los gritos de júbilo se truecan en alaridos penetrantes, cortados, y que van disminuyendo gradualmente hasta que les sucede un triste silencio. Estremeciéronse los presos del Zerpaneh, porque concibieron un vago presentimiento del acto horroroso que se

acababa de consumir cerca de allí.

Serkis caminaba gozoso hácia la puerta del Zerpaneh, y ya alzaba la aldaba, cuando reparó entre unos cipreses inmediatos cuatro verdugos ocultos y en acecho. Esta vista le descubre al punto las atroces maquinaciones de Haled y los embustes del bostandji-bachi, que los conducia á la muerte al propio tiempo que les anunciaba la salvacion; conoce que su hora postrera está encima; los verdugos se arrojan sobre los dos hermanos y los maniatan; Gregorio los mira con altiva frente, y á semejanza de los mártires de la iglesia primitiva, que hacian generosamente á Dios el sacrificio de su vida, déjase atar y conducir al lugar del suplicio sin perder su serenidad. No se mantuvo Serkis tan sosegado; dotado de índole ardiente y arrebatada, no puede tolerar tanta injusticia; siente, ántes de morir, la urgencia de descargar todo el peso de su ira y de sus maldiciones en los malvados autores de su muerte. Su exaltacion y enfurecimiento concentrado multiplican sus fuerzas musculares; no bastan los verdugos para contenerle, y llaman á los guardias en su ayuda. Miéntas andaban el trecho que los separaba del lugar del suplicio, Serkis, con voz atronadora y formidable, llama la venganza del cielo sobre la cabeza de Haled, pregona las iniquidades de su vizirato, dirige el postrer adios á su familia, compadece la suerte de sus paisanos envueltos en la proscripcion, y maldiciendo la culpable condescendencia de Mahmud engañado por su ministro, acaba gritando: “¡Ojalá su barba quede empapada en nuestra sangre!” Gregorio enmudecía, y no abrió la boca sino para recordar á su hermano que nuestro Señor Jesucristo espirando habia perdonado á sus verdugos, que ya era hora de pensar en la salvacion de su alma y en encomendarla á Dios. Puesto de rodillas en el suelo y con los ojos levantados al cielo, ruega con santo fervor, apretando contra su corazon la reliquia que solia llevar. Pronunció algunas palabras en lengua armenia, que no

Armenia

entendieron ni los verdugos ni los circunstantes, y que probablemente seria alguna plegaria de su iglesia. Serkis, aunque dió pruebas evidentes de fe y piedad, se negó á doblar la rodilla; y miéntas que entrambos hermanos se daban con una mirada el postrer adios, las hachas de los verdugos derribaron su cabeza.

Luego que el bostandji-bachi ve á sus piés los sangrientos cadáveres de las dos víctimas, se apresura á cumplir la segunda parte de su encargo, y va al encuentro de los dos hermanos Miguel y Juan, que habia enviado al Bósforo. Aguardábanle estos infelices en una barca, ignorando la triste suerte de sus hermanos, y no previendo la que les amagaba á ellos mismos; estaban hablando de su destierro, y se consolaban de la severidad de esta órden con la esperanza de volver un dia á su madre patria. En esto ven venir corriendo hácia ellos al bostandji-bachi, y á una señal del mismo alzanse unos hombres escondidos en la popa, y se encaminan al puente. Eran éstos otros verdugos, los cuales agarran á los dos hermanos, miéntas que los marineros conducen la barca enfrente del palacio de los Duzzoglou, situado á orillas del Bósforo. Toman tierra, y los verdugos buscan un sitio á propósito para ahorcar á entrambos hermanos, el que hallan al punto, merced á su habilidad para componer patíbulos de repente. Quisieron los malvados, sutilizando la crueldad cuanto cabe, provocar en el alma de las desventuradas víctimas todas las conmociones que les podian causar el recuerdo y la vista de estos sitios, para amargarles aun mas los dolores del suplicio.

La muerte de los cuatro hermanos apaciguó la saña del sultan, con sumo descontento de Haled, que le provocaba á la matanza general de los presos. No obstante ciñóse Mahmud á condenarlos á destierro perpetuo, á excepcion de las mugeres, á quienes se permitió permanecer en Constantinopla. Los proscritos recibieron la órden de trasladarse á las comarcas mas montaraces de la

Turquía europea y asiática, donde perecieron los mas de aburrimiento y miseria; pero algunos de entre ellos tuvieron bastante entereza para resignarse á llevar una vida desgraciada, hasta el momento en que el sultan, convencido de las maldades de Haled, volvió á llamar á Constantinopla á todos los desterrados. Jaime Duzzoglou fué otro de los indultados; este jóven se habia librado casi milagrosamente de la suerte fatal de sus hermanos. En el momento en que su familia se vió perseguida, Jaime, que tenia el encargo de visitar las minas y plazas fuertes del Archipiélago, estaba ausente de Constantinopla. Haled, deseoso de envolverle en la ruina de su familia, envió un buque de guerra para prenderle; cuando este buque le encontró, Jaime, que iba en un barco muy velero, hubiera podido salvarse si hubiese seguido el consejo del capitán español, hombre resuelto y de experiencia. Pero como por otra parte le dieron á entender que de no someterse, causaria la muerte de sus hermanos, y que además nadie mejor que él estaba convencido de su inocencia, se decidió á sufrir valerosamente el cautiverio y los males de los demas Armenios. Haled, que de todos modos queria perderle, dijo al sultan que solo habia cedido á la fuerza y tras un choque muy reñido con la tripulación de la nave turca; en vista de este falso relato, Jaime estaba al canto de ser condenado á muerte, á no haber tenido el capitán español la entereza de declarar al sultan, que con este objeto quiso verle, que el acusado habia manifestado el mas profundo respeto hácia la autoridad de su Magestad, besando la sentencia de su prision, y sometiéndose dócilmente á su voluntad suprema. De resultas de esta declaracion, no sufrió Jaime la pena capital, pero Haled le desterró, y cuando el sultan envió el indulto á estos infelices diseminados por todas las provincias del imperio, volvió á Constantinopla, donde Mahmud le devolvió al cabo de poco tiempo el antiguo empleo hereditario de su familia, la

direccion de la casa moneda, destino que aun hoy dia está desempeñando con su acostumbrada integridad. Este mismo Jaime ha recogido los residuos de su desventurada familia, sacándola de la miseria y desamparo en que yacia de resultas de esta catástrofe. De sus cuatro hermanos, solo uno, que era Serkis, habia dejado un hijo niño todavía. Sus parientes se encargaron de él, y deseosos de proporcionarle las ventajas de la educacion europea, lo han enviado á Paris, donde actualmente está adquiriendo las luces de las ciencias y de la civilizacion moderna. La familia Duzzoglou, si bien no se ha encumbrado á la misma opulencia que ántes, ocupa en el dia un lugar importante en la sociedad armenia, ha recobrado su antiguo palacio, que habia comprado á infimo precio, cuando la confiscacion general, un judío llamado Eskel y banquero de Haled. Eskel fué condenado á muerte por orden del sultan, poco tiempo despues del trágico fin del malvado vizir, cuyos negocios dirigia; pues para completar el desenlace de este drama, hay que saber que la fortuna de Haled fué volandera, como lo es en todos los criminales venturosos. Sus enemigos, esto es, todo el pueblo de Constantinopla, incluso los magnates, lograron desengañar al Gran Señor, patentizándole los enormes delitos con que tiznara su ministerio. Halláronse pruebas innegables de complicidad en el alzamiento del bajá de Janina, y los genizaros esforzaron tanto la voz contra él, que Mahmud llegó á convencerse de la necesidad de sacrificar á su propio interes al que en toda su vida no habia hecho otra cosa. Díjole pues que á pesar suyo le separaba de su lado, pero que este paso era imprescindible para afianzar el sosiego del estado, que era forzoso á veces allanarse á las exigencias injustas de un público ingrato y apasionado; pero que fuera de esto, nunca se borrarian de su memoria los servicios á que le era acreedor el solio.

Era Haled muy astuto para no alcanzar que todas estas demostracio-

nes de agradecimiento encubrian su caída real y verdadera; tiembla pues por su vida, al pensar que sus enemigos, que eran muchos y poderosos, se afanarian en perderle no bien estaria ausente. ¿Acordariase entonces el sultan de su promesa? En esta incertidumbre, deseoso al ménos de lograr alguna garantía, ruega con ahinco á Mahmud que se digné darle por escrito la seguridad de que, una vez ausente, no examinará ninguno de los actos de su pasada administracion.

Mahmud le otorga lo que le pide, y Haled se pone en camino con sus tesoros para ir á disfrutar en una provincia lejana la seguridad que no puede hallar en Constantinopla. Pero apénas ha andado algunas jornadas, ve llegar un agente del gobierno portador de sus órdenes. Era este el Kabudji-bachi. Haled maldice en lo íntimo de su corazón la inconstancia de Mahmud, y la facilidad con que quebranta sus juramentos. "No importa, le contexta el Kabudji-bachi; su magestad ha reconocido por fin la verdad, y está muy enterado de todas vuestras iniquidades; la sangre inocente que vos habéis derramado como el agua de las fuentes, ha clamado venganza, y por fin la ha conseguido. Ea pues, alargad el cuello á mis genizaros." Muerto Haled, todos sus bienes ingresaron en el tesoro público, y colgóse su cadáver de estacas en la carretera para escarmiento de malhechores.

Así acabó este vizir, cuyo nombre es con justicia un objeto de horror y maldicion entre los Armenios. Su ruina no le dejó realizar completamente el inicuo plan que habia formado. Ya habia derribado de un solo golpe las cabezas mas encumbradas del partido católico, diezmando la familia y los amigos de los Duzzoglou; mas todavía codiciaba las riquezas de otras casas opulentas. ¿Pero de qué medios podia echar mano para lograr sus fines? Pensaba el malvado aprovecharse de las disensiones religiosas que separan á los católicos de los cismáticos, dando á entender al sultan que

puesto que entrambos partidos no componian mas que una sola nacion, debian tener un mismo caudillo espiritual. Ya sabia él que, negándose los católicos á someterse al patriarca, pondrian en sus manos los medios de desplegar contra ellos la severidad é intolerancia de las leyes; y luego llegando los secuestros en pos de la persecucion, contaba entregarse impunemente á nuevas dilapidaciones. No le permitió la muerte llevar á efecto sus abominables intentos; pero logró sin embargo sembrar entre los Armenios los gérmenes de odio y discordia, que, desenvolviéndose mas tarde, causaron la desastrosa reaccion de 1828 contra los católicos.

SIMON HIRAPIET.

La suerte de los Armenios es aun mas dura y precaria en Persia, que en Turquía. Siendo ménos numerosos, y no disponiendo con sus inmensos capitales del crédito público como los banqueros de Constantinopla y Angora, su influjo en el estado es mucho menor; y por consiguiente están mas expuestos á las vejaciones é injurias que ya les atrae de parte de los zelosos Musulmanes la religion cristiana que profesan. En segundo lugar, la accion de la civilizacion europea, que por todas partes rodea y estrecha á la Turquía, arrancando diariamente alguna feliz concesion á su natural barbarie, no es de mucho tan poderosa en el centro de la Persia, y la intervencion de los embajadores cristianos no ofrece á los rayas tan fuerte valla como en Turquía contra las inicuas exigencias del despotismo oriental.

El pueblo de Persia mira ahora á los Armenios con el mismo menosprecio con que los trataba el sehah Abas, que solo veia en ellos un rebaño de hombres arrebatados por los zelos á la dominacion turca, y arrastrados al interior de su reino para poblarlo é introducir en él una industria que le faltaba. No cabe la indignacion en el pecho, y no encuentra la lengua expresiones bastante vehementes para condenar á